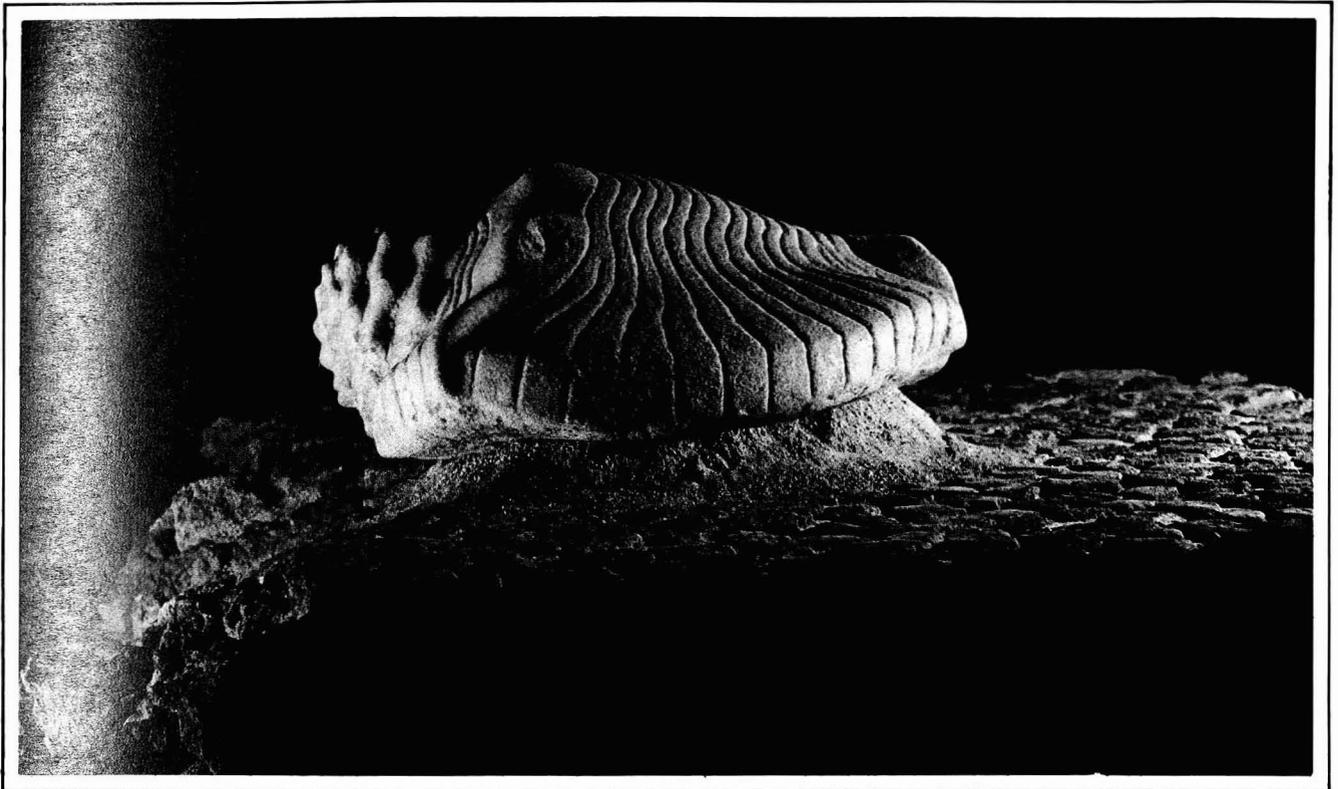

Eduardo Matos Moctezuma

EL ROSTRO DE LA VIDA Y DE LA MUERTE

(TLALOC Y HUITZILOPOCHTLI)



El caracol

LA CAPTURA DEL TIEMPO

Un día me asomé a la ventana del tiempo. Encontré rostros antiguos, ojos que me miraban con cristal de obsidiana y con ojos marinos. Vi el cuchillo que da muerte —muerte a filo de obsidiana— y el caracol que da vida. Miré el rostro de la vida y de la muerte. Pude detener el tiempo con mis manos, con mis barbas... el tiempo que buscaba por años y que me obligaba a permanecer en el tiempo ido, el tiempo capturado, en todos los tiempos. Volví al pasado y le di vida; el pasado me pagó dándome también un poco de sí. Por eso tengo barba de viejo, calva de viejo y lágrimas de niño. Volví, como dijera Proust, *En busca del tiempo perdido*,... lo recuperaré para que jóvenes de hoy también recuperen lo incorpóreo, lo vivan, lo trasciendan... Después volveremos al tiempo

Con este título se va a hacer una edición de Enrique Cataneo con los textos de Eduardo Matos que hoy presentamos y serigrafías de Carmen Parra.

para quedarnos, con mirada hueca, viendo cómo pasan frente a nosotros los rostros que habrán, dentro de mil años, de arrancarnos del tiempo perdido...

EL CARACOL

El artista anónimo que creó el caracol era un genio. No de otra manera se puede catalogar a quien aprehendió de la naturaleza las formas suaves, la línea sutil, el contenido simbólico de lo que es el caracol. Si alguien dijera que el caracol tiene alma, aquí estaría representada el alma del caracol, su esencia más profunda. No sólo es la forma bella, natural, increíble y diáfana que el escultor anónimo le imprimió a la pieza; es el de llevarnos a su lugar de origen, al mar. Es la forma en su máxima expresión.

Por otra parte, es la necesidad —también vital— de la fertilidad, del agua, de la vida... El caracol simboliza todo eso

y por ello se le encuentra tantas veces presente en el Templo Mayor. Es la expresión de un pueblo que necesita del agua para vivir... y también de la muerte. En esta escultura se plasma, pues, todo el simbolismo de las necesidades fundamentales del grupo. Sus líneas que "se desparrraman suavemente" y todo el conjunto nos hablan del genio creador. Su simbolismo nos lleva a lo diario, a la necesidad del líquido vital, a la supervivencia. Es, en fin, el canto de la vida, el no perecer, el perdurar...

HA VUELTO A SURGIR UN NUEVO DIOS...

Ha vuelto a surgir un nuevo dios. Tal parece que ninguno quisiera quedar enterrado y perder la oportunidad de ser rescatado del tiempo ido. Asoaman una mano, el rostro, lo que sea para gritarnos: ¡aquí estamos, no nos dejes! Ayer fue la diosa madre, Coatlicue, quien aprovechó los trabajos que se realizaron hace alrededor de doscientos años para surgir. Sin embargo, se dio cuenta que se había precipitado, que aún no llegaba el momento, que aún estaban quienes la habían arrojado, iracundos, de lo alto de su templo. Hubo que esperar tiempos más propicios para que todos los dioses pudieran salir. Primero fue su hija Coyolxauhqui. A ella le siguieron otros dioses: Xiuhtecutli; Tezcatlipoca; Mictlantecutli; Tlaltecunli; Chalchiuhtlicue, y desde luego, quienes presiden el Templo Mayor: Tláloc, dios del agua, de la lluvia, de la fertilidad, mil veces representado con su nariz de serpiente, sus anteojeras, los colmillos de jaguar. Lo mismo se plasma en piedra que en barro, igual está simbolizado en el caracol que en la rana. Es la necesidad del agua para un pueblo agrícola. Pero también tenemos a Huitzilopochtli... o sus símbolos, ya que es el único que no se nos muestra, cuyo rostro no conocemos. Lo vemos a través de cráneos de decapitados, de braseros adornados con moños, en los cuchillos de sacrificio, en la guerra, en la muerte... pero hasta allí.

¿Quién es, entonces, el nuevo personaje que ahora llega con su gran brasero en la cabeza? Lo primero que pensé es que se trataba de Huehueteotl, el dios viejo, ya que la apariencia general es la de este dios, pero tiene símbolos del agua, de fertilidad. Sobre el tocado están dos caracoles cortados sobre una corriente de agua con remolinos. En las coyunturas —codos, rodillas— lleva el rostro de Tláloc. Un antifaz cubre los ojos y con otro tapa la boca, de donde surgen los colmillos. Su mano derecha está abierta, en tanto que la otra cierra el puño. ¿Será, acaso, la primera intención de dar? ¿Quién es, en fin, el singular personaje? No lo sé...

OLLA TLALOC

El dios más veces representado en el Templo Mayor es Tláloc. Igualmente se le representa en ollas de piedra que en magníficas vasijas de barro —y ésta lo es—, como a través de un sinnúmero de elementos que lo simbolizan. Así, la serpiente, la rana, el caracol, en fin, todo aquello que guarda alguna relación con la vida y la fertilidad le son propios. El habita en lo alto de los cerros, en donde se le rinde culto, al igual que en medio del lago, donde se le arrojan niños en su honor. Preside el Tlalocan, lugar al que van aquellos individuos muertos en relación al agua: hidrópicos, ahogados, por rayo —preludio inequívoco de la lluvia— y encierra en sí el ave, el jaguar, la serpiente, de allí su evidente asociación con estos animales por lo que se le representa con la lengua bífida y grandes colmillos que surgen de la boca, en tanto que cejas y nariz las conforman serpientes enroscadas. Su pre-



Coyolxauhqui

sencia en el Templo Mayor junto al dios de la guerra, de la muerte, nos habla de aquella dualidad tan común en el México prehispánico. No podría ser de otra forma. Vida y muerte van unidos al destino del mexica; una no puede existir sin la otra; ambas se complementan y son evidentes en un caso concreto: el Templo Mayor de Tenochtitlan.

CHAC-MOOL.

¿A qué obedece la presencia de un Chac-mool en el Templo Mayor de los mexica? ¿No es acaso este tipo de escultura común de los toltecas? ¿No lo vemos en mayor abundancia en Tula y en Chichen-Itzá? Claro que sí, pero allí mismo tenemos la respuesta. El mexica se decía descendiente del tolteca y bien pudieron imitar algunos elementos presentes en Tula, a la que quizás ayudaron a destruir. Lo interesante es el preguntarse qué significa un Chac-mool frente al adoratorio de Tláloc. Pensamos que aquí, en el Templo Mayor, queda plenamente confirmada la asociación del personaje con el dios del agua. Es el mensajero divino, el encargado de trasladar la ofrenda que se depositaba en el recipiente que lleva en el vientre hacia el interior del adoratorio donde se encuentra el dios. Intermediario entre el dios y los hombres, entre lo divino y lo humano, este Chac-mool, primero que se ha encontrado policromado y en su lugar original, se constituye en una de las esculturas más antiguas hasta ahora obtenidas, pues se encuentra en las primeras etapas constructivas del Templo Mayor, construida alrededor del año 1400 A.C. Guarda más semejanza con esculturas toltecas que con la mexica del momento de esplendor. Bien pudiera ser eslabón importante entre una y otra, entre el mexica sujeto a tributo por el señor de Azcapotzalco y el mexica libre y conquistador.



Tzompantli

CRÁNEO

Desde que el hombre es hombre —creador por excelencia—, se ha preocupado por dar respuesta a toda una serie de interrogantes, que el límite de sus conocimientos le impide responder de manera efectiva. Pero la necesidad de encontrar un algo que explique los fenómenos que lo rodean, lo lleva a recurrir a su imaginación, creando y poblando su mundo de dioses y demonios, de seres mitológicos y elementos mágicos que vienen, por decirlo así, a ayudarlo en la anhelada búsqueda.

Tres son los principales mitos que todo pueblo presenta: el cosmogónico o de la creación del mundo; el antropogénico o de la creación del hombre y el de la trascendencia, que al no resignarse a morir o dejar de ser, lleva al hombre a buscar una proyección al más allá.

El hombre prehispánico concebía la muerte como un proceso más de un ciclo constante, expresado en sus leyendas y mitos. La leyenda de los Soles nos habla de esos ciclos que son otros tantos eslabones de ese devenir, de la lucha entre la noche y el día, entre Tezcatlipoca y Quetzalcóatl. Es lo que lleva a alimentar al sol para que éste no detenga su marcha y el porqué de la sangre como elemento vital, generador de movimiento. Es la Muerte como germen de la vida.

No recordamos ningún otro pueblo que haya representado la muerte en forma tan obsesiva como en algunas de nuestras culturas prehispánicas. ¿Culto a la muerte? Más bien culto a la vida... a través de la muerte.

Vale la pena analizar el por qué del sacrificio humano y el por qué a los guerreros les está deparado acompañar al sol. El sacrificio humano se realiza para que el sol no detenga su marcha, para que el universo no deje de ser. Es también el pago que el hombre da a la deidad por el sacrificio que ésta

realizó en el tiempo mítico para dar vida al hombre. Sin embargo, todo este ritual que va dirigido a dar continuidad a la vida a través de la muerte, que ve el sacrificio como algo necesario para la supervivencia, está legitimando la presencia del guerrero que será quien tenga que proveer de cautivos para tal acto... y así también queda la imposición militar, el tributo, parte esencial para la supervivencia de Tenochtitlan.

Llega a tal grado esta enajenación, que en las poesías nahuas la única muerte que se desea es la muerte “a filo de obsidiana”. El guerrero sabe que al morir le está deparado ir al mejor lugar: acompañar al sol. Además de esto, su trascendencia está asegurada: se convertirá en ave de hermoso plumaje. En fin, toda su cultura está dirigida a la grandeza guerrera que le permitirá trascender, no morir.

Solamente nos resta señalar que la realidad de la muerte ha llevado al hombre a buscar un escape, a no morir, a trascender. El hombre nahua nos dejó sus obras y en algunos casos quiso trascender a través de la “flor y canto”... y lo logró.

TZOMPANTLI

El otro día vimos surgir el rostro de la muerte. Era un rostro multiplicado al infinito pero cada uno de ellos tenía su propia expresión, su propia individualidad, su propio yo. Podría decirse que eran mil muertes diferentes y un solo rostro verdadero... el de la muerte.

¿En dónde surgió este rostro múltiple? Junto al Templo de Tláloc, dios de la lluvia, del agua, de la fertilidad, de la vida. Es esa eterna dualidad tan presente en el mundo prehispánico y tan difícil de percibir por nosotros. ¿Qué diablos tiene que hacer el rostro de la vida al lado del rostro de la muer-

te...? Esta pregunta que cualquier profano puede hacerse halla respuesta en la misma sociedad que los creó. Para el hombre mesoamericano, la muerte es parte de la vida y es necesario el sacrificio repetido hasta el infinito para que el universo no detenga su andar. El sacrificio es el dios mismo que vuelve a morir a través del ritual para así conmemorar un hecho importante, un acontecimiento mítico ocurrido, como dice Eliade, en *illo tempore*.

Este altar —tzompantli recientemente descubierto al norte del Templo Mayor— el norte, el lugar, en el que para algunos autores se encuentra el Mictlán, el lugar del señor de los muertos— nos lleva a pensar sobre la importancia de la muerte y de la vida, unidad dialéctica que encuentra su contradicción en la expresión misma de lo que allí se representa: es, simplemente, la presencia de la muerte junto al lugar de la vida, Tláloc y Mictlantecuhtli, Tláloc y Huitzilopochtli; agua y guerra, vida y muerte.

SERPIENTE

He aquí la esencia simbólica del Templo Mayor: la serpiente. Recordemos cómo el Templo Mayor simboliza, en realidad, el cerro de Coatepec, el cerro de la serpiente, en donde se verifica la lucha fratricida. Estas serpientes —de las que se han encontrado hasta siete en la fachada principal— no son otra cosa que el símbolo de lo que el templo significa. Ellas son, a la vez que parte del cerro, guardianas del mismo. Igual están del lado de Tláloc como en el de Huitzilopochtli, aunque con representación diferente. La que aquí vemos está a la mitad de uno y otro, a manera de síntesis de la dualidad presente y de la unión —¿o desunión?— de ambos edificios. La gran cabeza pétreo que aún guarda parte bien conservada de su policromía (rojo, amarillo, azul), nos habla de ese simbolismo hecho realidad en el Templo Mayor, en donde cada objeto, cada escultura, tiene su carga, su contenido y nos dice algo en un lenguaje que poco a poco tenemos que desentrañar para llegar, finalmente, a comprender lo que muchos años sepultaron y hoy vuelve, pasados los siglos, con todo su significado.

COYOLXAUHQUI

Coyolxauhqui nace con su muerte; esta aseveración no está exenta de realidad. Así, Huitzilopochtli nace de la diosa tierra —Coatlícue— en el cerro de Coatepec; allí se comete el fratricidio: Huitzilopochtli arremete contra sus hermanos, los centzohuiznahua, y no escapa a su furia Coyolxauhqui,



Cráneo

“la de cascabeles en las mejillas”, quienes querían matar a la diosa tierra, a su madre, por aquel embarazo misterioso. Coyolxauhqui es decapitada, para finalmente ser arrojada del cerro y en su caída desmembrarse.

Al fundar Tenochtitlan muchos años después de aquella lucha cósmica, los mexicas vuelven a reproducir todo aquello ocurrido en Coatepec. El Templo Mayor será el cerro mismo con sus cabezas de serpientes que le dan nombre: Coatepec quiere decir “cerro de las serpientes”. Los protagonistas de la lucha están ubicados en el lugar que el mito les depara: Huitzilopochtli arriba, en lo alto del cerro-templo, mientras que Coyolxauhqui yace al pie del mismo decapitada y desmembrada. El ritual del sacrificio de cautivos en el Templo Mayor de Tenochtitlan no es otra cosa que la repetición de lo que Huitzilopochtli hizo con su hermana: se inmola a la víctima en lo alto del templo y se arroja su cuerpo por la escalinata: que al llegar abajo se desmiembra.

Estos sacrificios, repetidos mil y una veces en el Templo Mayor, no son más que la reactualización del mito: la presencia diaria de la lucha entre el sol y la luna; entre la luz y las tinieblas; entre el día y la noche. Significan, estos sacrificios, repetir lo acontecido en un tiempo mítico, el nacer diario del sol, el surgimiento del dios guerrero, tan necesario en un pueblo que, en parte, depende económicamente del tributo impuesto a otros grupos después de la lucha.

No cabe duda de que el hombre, en todas las épocas y en todo momento, crea a los dioses conforme a sus necesidades; crea a los dioses a su imagen y semejanza...